

un exemplar que sirva de escarmiento. De gracia, le repliqué, sírvase Vmd. hacer por mí alguna cosa, y afloxar un tantico el rigor de la orden, en favor del regalo que estas Damas le quieren hacer en corta demostracion de su reconocimiento. Oh, Señor Doctor, repuso Fabricio, eso es otro cantar. No puedo resistir á esa figura retórica usada tan á tiempo. Ea, pues, veamos lo que me quieren regalar. Daréle á Vmd., dixo Camila, un collar de perlas, y unos pendientes de piedras que valen buen dinero. Sí, respondió Fabricio taymadamente, con tal que no sean de las que te envió tu tío el Gobernador de Filipinas, porque esas no las quiero. Responda que son finas, dixo Camila; y al mismo tiempo mandó á la vieja trajese una caxita donde estaban el collar y los pendientes, que ella misma puso en manos del Señor Alguacil. Y aunque este era tan diestro lapidario como yo, no dexó de conocer, sin quedarle alguna duda, que eran finas así las piedras de los pendientes, como las perlas del collar. Estas alhajas (dixo despues de haberlas atentamente considerado) me parecen de buena ley: si se añade á ellas el candelero que el Señor Gil Blas tiene en la mano ni yo mismo me atreveré á salir por fiador de mi obediencia al Señor Corregidor. No creo, dixé entónces á Camila, que por tal friolera querrá Vmd. romper una composicion que la tiene tanta cuenta. Diciendo y haciendo quité la vela del candelero, en-

entregué aquella á la vieja, y alargué este á Fabricio, que contentándose con esto, quizá porque no vió en la sala ninguna otra cosa de precio que se pudiese llevar facilmente, dixo á las dos mugeres: á Dios, reynas mias, y estad sin cuidado, que voy á hablar al Señor Corregidor, y á dexaros con él mas puras y mas blancas que la misma nieve. Nosotros le sabemos pintar las cosas como queremos, y nunca le hacemos relacion que no sea verdadera, sino quando tenemos algun poderoso motivo que nos obligue á desfigurar un poco la verdad.

CAPITULO V.

Prosigue la aventura de la sortija; abandona Gil Blas la medicina, y sale de Valladolid.

Executado tan felizmente el admirable proyecto de Fabricio salimos de la casa de Camila alabandonos de un suceso que habia sido muy superior á nuestras mismas esperanzas, porque solo habiamos ido á recobrar una sortija, y nos llevamos lo demas sin ceremonia ni el menor remordimiento. Lejos de hacer escrúpulo de haber robado á dos mugeres del partido creíamos haber hecho un acto meritorio. Señores, dixo Fabricio luego que estuvimos en la calle, soy de parecer que para coronar esta bella hazaña nos vayamos á nuestra taberna de lo caro, donde pasaremos alegremente la noche.

che. Mañana venderemos el collar, los pendientes y el candelero; haremos nuestras cuentas, y repartiremos el dinero como hermanos. Hecho esto cada uno se irá á su casa y discurrirá lo que mejor le pareciere para excusarse de haber pasado la noche fuera de ella. Pareciónos muy prudente y muy juicioso el pensamiento del Señor Alguacil. Volvimos, pues, todos á nuestra taberna, pareciéndoles á unos que facilmente encontrarían algun buen pretexto para disculpar el haber dormido fuera, y no dándoseles á otros un pito de que los despidiesen sus amos.

Dióse orden de que se nos dispusiese una buena cena, y nos sentamos á la mesa con tanto apetito como alegría. Durante la cena se excitaron especies preciosísimas. Sobre todo Fabricio, que era fecundísimo, y hombre de gran talento para tener siempre viva la conversacion y divertir á toda la compañía. Escapáronsele mil preciosidades llenas de sal Española, que nada debe á la sal ática. Pero estando en lo mejor de la diversion y de la risa turbó nuestra alegría un suceso inesperado y sumamente desagradable. Entró en el quarto donde estábamos un hombre de muy buena traza, á quien acompañaban otros dos de muy mala catadura. Tras estos entraron otros tres; y en fin de tres en tres fueron entrando hasta doce, todos con espadas, carabinas y bayonetas caladas. Conocimos que todos eran ministros ver-

da-

daderos de justicia, y facilmente penetramos su intencion. Al principio pensamos en defendernos, pero en un instante nos rodearon y nos contuvieron, así por su mayor número como por el respeto que tuvimos á las armas de fuego. „Señores, nos dixo el comándante con cierto ayrecillo burlon, tengo noticia de la delicada y graciosa invencion con que Vmds. han retirado de las manos de cierta aventurera no sé que preciosa sortija. El extratagema fue ingenioso y excelente, tanto que merece ser públicamente premiado: recompensa que no se les puede á Vmds. negar. La justicia, que tiene destinado á Vmds. digno alojamiento en su misma casa, no dexará ciertamente de premiar un esfuerzo tan raro de ingenio.„ Quedaron desconcertadas todas las personas á quienes se dirigió aquel discurso. Mudamos todos de tono y de semblante, llegándonos la vez de experimentar el mismo terror que habíamos inspirado en casa de Camila. Sin embargo Fabricio, aunque pálido y casi enteramente perdido, intentó justificarnos. Señor, dixo todo trémulo, nuestra intencion fue sin duda buena, y en gracia de ella se nos puede perdonar aquella inocente superchería. ¿Qué diablos? replicó el Comandante con viveza, ¿á esa llamas tú superchería inocente? ¿Ignoras por ventura que huele á cañamo, ó quando menos á baqueta, esa inocentísima superchería? Fuera de que á ninguno le es lícito hacerse justicia á sí mismo por sus propias manos, os

llevasteis, además de la sortija, un collar de perlas, un candelero de plata, y unos pendientes de diamantes. Lo peor de todo es que para hacer este robo os fingisteis ministros de justicia. ¡Unos hombres miserables suponerse gente honrada para hacer tal villanía y cometer tal maldad! ¿Os parece esta una venialidad que se lava con agua bendita? Muy dichosos seréis si solo se echa mano de la penca para borrarla y castigarla. Quando acabamos de comprender que la cosa era mas seria de lo que nosotros nos habíamos imaginado, nos arrojamos todos á sus pies, y le suplicamos con lágrimas que se apiadase de nosotros y de nuestra inconsiderada juventud; pero fueron inútiles todos nuestros clamores. Despreció con indignación la proposición que le hicimos de abandonarle el collar, los pendientes y el candelero. Ni tampoco quiso admitir la sortija que verdaderamente era mia, quizá porque se la ofrecía á presencia de tantos testigos. En fin estuvo inexorable. Hizo desarmar á mis compañeros, y nos llevó á todos á la cárcel. En el camino me contó uno de los alguaciles como la vieja que vivía con Camila; sospechando que no éramos gente de justicia, nos había seguido á lo lejos hasta la taberna, y que teniendo modo de ocultarse y confirmar sus sospechas, dió prontamente parte de todo á una ronda.

En la cárcel nos registraron á todos hasta

ta la camisa. Quitáronnos el collar, los pendientes y el candelero, como también á mí aquella sortija con rubies de las Filipinas, que por desgracia había metido en un bolsillo: ni aun siquiera me dexaron los pocos reales que aquel día me habían valido mis recetas. Por donde conocí que los ministriles de Valladolid sabían tan bien su oficio como los de Astorga, y que toda aquella gentecilla vestía el mismo uniforme y tenían unas mismísimas modales. Mientras nos despojaban de dichas alhajas y de lo demás que encontraron, el oficial que mandaba la ronda, y se hallaba presente, refería nuestra aventura á los executores del espolio. Parecióles el negocio de tanta gravedad, que algunos nos pronosticaban la horca sin remedio. Otros ménos severos decían que la cosa se podía componer con docientos azotes y algunos años de servicio en galeras. Mientras resolvía sobre esto el Corregidor nos encerraron en un obscuro calabozo, donde dormimos sobre paja extendida ni mas ni ménos como se extiende para que duerman los caballos. Hubiera quizá durado esto largo tiempo, y no salir de allí sino para ir á galeras, si al día siguiente no hubiera oído el señor Manuel Ordoñez lo que había sucedido, y desde luego resolvió hacer todo lo posible por sacar á Fabricio de la cárcel, lo que no podía ser sin que á todos nos diesen libertad. Era un hombre muy bien quisto en todo Valladolid. Hizo tantos empeños y

removió tanto , que al cabo de tres días nos vimos todos libres. Pero no salimos de prision como habíamos entrado. El collar , los pendientes , el candelero , y hasta mi pobre rubí , todo se quedó allá. Esto me traxo á la memoria aquello de Virgilio: *Sic vos , non vobis &c.*

Luego que nos vimos fuera de la cárcel , nos fuimos todos á buscar nuestros respectivos amos. Recibíome muy bien el Doctor Sangredo : mi pobre Gil Blas , me dixo , no supe tu desgracia hasta esta mañana , y estaba pensando en empeñarme fuertemente por tí. Es menester , amigo , no desconsolarte ni acobardarte por este accidente ; antes bien ahora mas que nunca te has de aplicar á la medicina. Respondíle que este era mi ánimo , y con efecto me apliqué enteramente á ella. Léjos de faltarme en qué trabajar , nunca hubo mas enfermos , como me lo habia pronosticado mi amo. Introduxéronse fiebres epidémicas en la Ciudad y arribales. Teníamos que visitar cada uno todos los dias ocho ó diez enfermos , por lo que se dexa conocer la mucha agua que se beberia , y la gran cantidad de sangre que se derramaria. Mas yo no sé como era esto : todos se nos morian , ó porque nosotros los curábamos mal (lo qual claro está que no podia ser) ó porque eran incurables las enfermedades. A raro enfermo hacíamos tercera visita , porque á la segunda nos venian á decir que ya le habian enrerrado , ó á lo menos que estaba agonizando. Como todavia

via era yo un Médico novicio , poco acostumbrado á los homicidios , me affigia mucho de los sucesos funestos que me podian imputar. Señor (dixe un dia al Doctor Sangredo) : yo protexto al cielo y á la tierra , que sigo exáctamente el método de Vmd. , con todo eso mis enfermos se van al otro mundo. Parece que ellos mismos adredemente se quieren morir , no mas que por tener el gusto de desacreditar nuestra medicina. Hoy mismo encontré dos que llevaban á enterrar. Hijo , me respondió , poco mas poco ménos lo propio me sucede á mí. Pocas veces logro la satisfaccion de que sanen los enfermos que caen en mis manos : y si no estuviera tan seguro de los principios que sigo , creeria que mis remedios eran enteramente contrarios á las enfermedades que trato. Señor , le repliqué , si Vmd. quisiera creerme seria yo de sentir que mudásemos de método. Probémos por curiosidad á usar en nuestras recetas de preparaciones chímicas. Lo peor que nos podrá suceder será lo mismo que experimentamos con nuestra agua y con nuestras sangrias. De buena gana , me respondió , haria yo esa prueba si no fuera por un inconveniente. Acabo de publicar un libro en que exálto hasta los cielos el freqüente uso de la sangria y del agua ; y ahora quieres tú que yo mismo desacredite mi obra? ¡Oh! repuse yo , siendo así no es razon dar ese triunfo á sus enemigos. Dirian que Vmd. se habia desengañado , y le quitarian el crédito.

Perezca ántes el pueblo, nobleza y clero, y vamos nosotros adelante con nuestra tema. Al cabo nuestros compañeros, á pesar de lo mal que están con la lanceta, no veo que hagan mas milagros que nosotros, y creo que valen tanto sus drogas como nuestros específicos.

Fuimos, pues, continuando con nuestro método favorito, y en pocas semanas hicimos mas viudas y mas huérfanos que vió el famoso sitio de Troya. Parecia que habia entrado la peste en Valladolid: tantos eran los entierros que habia. Todos los días se dexaba ver en nuestra casa un padre que nos pedía un hijo, á quien habiamos echado en la sepultura, ó un tio que se quejaba de que habiamos muerto á su sobrino. Pero nunca veíamos á un sobrino ó á un hijo que viniese á darnos las gracias porque con nuestros remedios hubiésemos dado la salud á su padre ó á su tio. Por lo que toca á los maridos tambien eran discretos: ninguno vino á lamentarse de nosotros porque hubiese perdido á su muger. Con todo eso algunas personas verdaderamente afligidas venian tal vez á desahogar con nosotros su dolor. Tratábanlos de ignorantes, de asesinos, de verdugos, sin perdonar á los términos y voces mas descompuestas, mas rústicas y mas ignominiosas. Irritábanme sus epitetos groseros; pero mi maestro, que estaba muy hecho á ellos, los oía con la mayor tranquilidad y con una sangre muy fresca. Acaso tambien yo me hubiera acostumbrado con el tiempo á las injurias, si el cielo, quizá por li-
brar

brar de este azote mas á los enfermos de Valladolid, no hubiera suscitado un accidente que apagó en mí el gusto á la medicina; que exercitaba con tan infeliz suceso.

Habia cerca de nuestra casa un juego de pelota, donde concurría diariamente toda la gente ociosa del pueblo, entre ella uno de aquellos valentones y perdona-vidas de profesión, que se erigen en maestros y deciden definitivamente todas las dudas que ocurren en semejantes ocasiones. Era vizcaíno, y se hacia llamar Don Rodrigo de Mondragon. Parecia como de treinta años, hombre de estatura ordinaria, seco, pero muy fornido de miembros. Sus ojos pequeños y centelleantes, que parecian girarle por la cabeza, y amenazar á todos los que le miraban; nariz chata y espatarrada, como derramada sobre una cara de figura piramidal, y unos bigotes retorcidos, que en forma de media luna subian hasta las sienas. Su voz era tan áspera y tan bronca, que bastaba oírla para cobrar terror. Este rompe-palas se levantó con el mando del juego de pelota. Resolvía soberana y definitivamente todas las disputas que se suscitaban entre los jugadores. No admitia mas apelacion de sus sentencias que la espada ó la pistola: el que no se conformaba con ellas tenia seguro al día siguiente un desafio. Tal qual le acabo de pintar, ni mas ni ménos era el señor Don Rodrigo, sin que el *Don*, que siempre iba delante de su nombre, le dispensase
de

de ser un hombre plebeyo. Este tal hizo una grande impresion en el corazon de una muger que era la dueña del juego. Tenia esta quarenta años, era rica, agradable, y habia quinze meses que estaba viuda. No sé qué diablos la pudo enamorar de aquel hombre. Seguramente que no se enamoró de él por su hermosura. Seria sin duda por aquel *no sé qué* de que todos hablan y ninguno sabe explicar. Sea lo que fuere, el echo es que ella se enamoró de aquella rara figura, y determinó darle su mano. Quando estaba ya para concluirse el tratado cayó gravemente enferma, y por su desgracia me tocó á mí el ser su Médico. Aunque su enfermedad no hubiera sido de suyo tan maligna, bastarian mis remedios para hacerla peligrosa. Al cabo de quatro dias llené de luto el juego de pelota, porque envié la pelota donde enviaba á mis enfermos, y sus parientes se apoderaron de quanto dexó. Don Rodrigo con la desesperacion de haber perdido á su dama, ó por mejor decir, la esperanza de un matrimonio tan ventajoso, no contento con vomitar fuego y llamas contra mí, juró que me pasaria de parte á parte la espada la primera vez que me viesse. Dióme noticia de este juramento un vecino mio caritativo, y me aconsejó que no saliese de casa por no encontrarme con aquel diablo de hombre. Este aviso, que me pareció no debía despreciar, me llenó de miedo y turbacion. Continuamente me imaginaba que veia

en-

entrar en casa al furioso vizcaíno; y este pensamiento no me dexaba reposar. Obligóme en fin á abandonar la medicina y á buscar modo de librarme de semejante sobresalto. Volví á tomar mi vestido bordado; despedíme de mi amo, que por mas que hizo no me pudo contener, y al amanecer del dia siguiente salí de la Ciudad, temiendo siempre de encontrar á Don Rodrigo de Mondragon en el camino.

CAPITULO VI.

A dónde se encaminó Gil Blas quando salió de Valladolid, y qué especie de hombre se incorporó con él.

Caminaba muy apriesa, y de quando en quando volvía á mirar atras para ver si me seguia el formidable vizcaíno. Teníale tan presente en mi imaginacion, que cada vulto y cada árbol me parecia que era él. Cada instante me estaba dando saltos el corazon. Pero despues que anduve una buena legua me sosegué, y proseguí mi viage con mayor quietud, dirigiéndome á Madrid, donde habia hecho ánimo de ir. Dexé á Valladolid sin dolor. Solo tenia el de haberme separado de Fabricio, mi amado Pílates, sin haber podido despedirme de él. No me pesaba el haber abandonado la medicina; antes bien pedia perdon á Dios de haberla exercitado. No por eso dexé de contar el di-

nero que llevaba , aunque era el salario de mis homicidios y de mis asesinatos : semejante á las mugeres públicas , que despues de arrepentidas de su libertinage , no por eso dexan de contar con gusto el dinero que las ha valido. Halléme con unos cinco ducados , lo que me pareció bastante para llegar á Madrid , donde creía hacer fortuna. Fuera de eso tenia gran gana de ver aquella Corte , que me habian pintado como un compendio de todas las maravillas del mundo.

Mientras iba pensando en lo que habia oido decir de ella , y complaciéndome anticipadamente en las diversiones y gustos que me imaginaba habia de gozar , oí la voz de un hombre , que venia cantando tras de mí á gaznate tendido. Traía acuéstas una maleta , en la mano una guitarra , y al lado una larguísima espada. Caminaba con tanto brio , que muy presto me alcanzó. Era uno de aquellos dos aprendices de barbero que habian estado presos en la cárcel conmigo por la aventura de la sortija. Desde luego nos conocimos los dos , aunque uno y otro estábamos en tan diferente trage , y quedamos igualmente admirados de vernos juntos en aquel parage. Si yo me mostré alegre por ir en su compañía durante el viage , él no manifestó ménos alborozo por haberme encontrado. Contéle brevemente la causa por qué dexaba á Valladolid ; y él me correspondió diciéndome que habia tenido una pelotera con su maestro,

de

de cuya resulta uno y otro se habian despedido para siempre. Si hubiera querido mantenerme aun en Valladolid (añadió él) hubiera encontrado diez tiendas por una ; porque , sin vanidad , me atreveré á decir que acaso no se encontrará en toda España quien sepa rasurar mejor á pelo y contrapelo , ni levantar mejor unos bigotes. Pero no pude resistir á la vehemente gana de volver á ver mi patria , de donde há diez años que falto. Quiero respirar algun tiempo el ayre nativo , y saber en qué estado se hallan mis parientes. Pasado mañana espero verme entre ellos , porque residen en Olmedo , Villa muy conocida , mas acá de Segovia.

Resolví ir en compañía del barbero hasta su lugar , y desde allí pasar á Segovia , con esperanza de encontrar alguna mayor comodidad para llegar á Madrid. Comenzamos á hablar de cosas indiferentes para divertir la molestia del camino. Era el mozuelo de buen humor y de muy grata conversacion. Al cabo de una hora me preguntó si me sentía con apetito. En llegando al meson lo veremos , le respondí yo. ¿ Pero no se puede tomar ántes alguna parva ? me replicó él. Yo traigo en las alforjas alguna cosa para almorzar. Quando camino tengo siempre cuidado de llevar para la bucólica. No gusto de cargar con vestidos , ropa blanca , ni otros trapos inútiles : en mis alforjas solo meto municiones de boca , mis navajas , y un poco de xabon , con la vacía á la

cin-

cinta. Alabé su providencia, y convine en que tomásemos el refrigerio que me proponia. Tenia hambre, y consentí en un grande almuerzo á vista de lo que me acababa de decir. Desviámonos un poco del camino para sentarnos en un prado. Allí sacó su provision el barberillo, y toda consistía en media docena de nueces, algunos mendrugos de pan, y unos bocados de queso; pero lo que presentó, como lo mejor y mas precioso de las alforjas, fue una botita llena de un vino que aseguró ser muy delicado y generoso. Aunque los manjares no eran los mas exquisitos ni los mas apetitosos, todavía, como teníamos hambre uno y otro, nos supieron muy bien, y no los desairamos. Vaciamos tambien toda la bota, que hacia dos azumbres, de un vino que, á mi parecer, no merecia que el barberillo lo hubiese alabado tanto. Concluida nuestra frugal refeccion nos volvimos á poner en camino y á continuar nuestro viage con mas vigor y con mayor alegría. El barberillo, á quien Fabricio habia dicho que mi vida estaba llena de aventuras muy singulares, me suplicó que se las contase, para poder decir que las habia oido de mi propia boca. Parecióme que nada podia negar á un hombre que acababa de regalarme con tan espléndido almuerzo. Díle el gusto que deseaba, y en correspondencia le dixé que era menester me refiriese tambien él su vida. Por lo que toca á mi historia, no merece cierto ser contada, porque toda

da ella se reduce á simples hechos. Todavía, añadió, ya que no tenemos cosa mejor en que divertirnos, se la referiré á Vmd. tal qual ella ha sido; y diciendo y haciendo comenzó á referirla poco mas ó ménos en los términos siguientes.

CAPITULO VII.

Historia del mancebillo barbero.

Fernando Perez de la Fuente, mi abuelo (porque me gusta tomar las cosas muy de atras) despues de haber exercitado el oficio de barbero en la noble Villa de Olmedo por espacio de cinquenta años, murió, dexando quatro hijos. El primogénito, por nombre Nicolas, heredó la tienda, y siguió la misma profesion. Beltran, que fue el segundo, se aplicó á mercader, y trató en especeria. El tercero, llamado Tomás, se dedicó á maestro de escuela. El quarto, que se llamaba Pedro, sintiéndose inclinado á estudiar, vendió su herencia, y se fue á Madrid, donde esperaba darse á conocer algun dia por su erudicion y su ingenio. Los otros tres hermanos nunca se separaron. Mantuviéronse en Olmedo, y allí se casaron todos tres con hijas de labradores que traxeron en matrimonio poca dote, pero en cambio de ella una gran fecundidad. Parece que habian apostado á qual habia de parir mas. Mi madre, que era la muger del barbero, por su